

La novela en la que se basa la serie

El Mapa de los anhelos

ALICE KELLEN



UNA SERIE DE NETFLIX



Alice Kellen

El mapa de los anhelos



LA HISTORIA DE GRACE

ME LLAMO GRACE

A veces me tumbo en la cama, cierro los ojos e imagino el comienzo de mi vida. Veo un espermatozoide más rápido que el resto moviéndose con brío hasta llegar a las trompas de Falopio. Se abre paso a coletazos y logra conquistar el óvulo que todos ansían atravesando la membrana plasmática. Y entonces, tras la fecundación, aparezco en escena. Todavía no tengo ojos ni boca ni extremidades, pero existo.

Una existencia con un propósito.

La mayoría de la gente que conozco se pregunta a menudo por qué ha llegado a este mundo, cuál es su cometido o si su vida tiene una razón de ser. No puedo darles una respuesta, pero mi destino estuvo claro desde el principio, como la hierba que crece para alimentar al ganado o las abejas y su afán por polinizarlo todo. Así que, de pequeña, cada vez que en el colegio me pedían que me presentase poniéndome en pie o que escribiese una redacción sobre mi familia, siempre empezaba diciendo:

«Me llamo Grace Peterson y nací para salvar a mi hermana».

El abuelo suele decir que llegué al mundo con una capa de superheroína. Una capa morada, por supuesto. Ondeaba a mi espalda, aunque nadie más pudiese verla, ni siquiera la matrona que me cogió por primera vez. Seguro que, a pesar

de que lloré de forma escandalosa en cuanto nací, todos estaban más pendientes de otra cosa: el valioso cordón umbilical lleno de sangre, cuyas células madre pudieron transferir a Lucy para erradicar la leucemia mieloblástica que le habían diagnosticado al año y medio.

Mientras crecí, nunca pensé mucho en ello, pero creo que supuso una unión profunda entre nosotras, incluso a pesar de que no podríamos haber sido más distintas. Mi hermana era dulce y todo el mundo decía que su sonrisa era genuina y contagiosa; los médicos la adoraban, mamá se dirigía a ella llamándola «mi sol» y, cuando su estado de salud le permitía asistir a clase, todas sus compañeras se desvivían por ella. «Brillas, Lucy —le aseguraba papá—, eres como una estrella centelleante».

¿Y quién no quiere que la comparen con las estrellas, la Luna, astros, constelaciones o galaxias fascinantes e infinitas?

Yo, claro.

Yo, que siempre he sido más como un agujero negro: nadie me entiende demasiado bien, por mucho que en teoría tenga sentido, y sigo siendo un misterio incluso para mí misma, con mi campo gravitatorio impidiendo que ninguna partícula escape.

Así que, lejos de la luminosidad de Lucy, tengo que esforzarme constantemente por sonreír. «Es como si tuviese los labios de cartón duro», le confesé una vez a mi abuelo. Y él, tras arroparme en la cama, contestó: «¿Sabes que el cartón se ablanda cuando le echas un poco de agua? Deberías probarlo a ver qué pasa, Grace». Me avergüenza admitir que nunca le he puesto mucho empeño. Pero tengo mis razones: el mundo es un lugar hostil. No logro visualizar la vida como un regalo, sino como un camino pedregoso repleto de dolor, injusticias, enfermedades y diversas penurias.

Se lo dije a Lucy una noche de insomnio en pleno invier-

no, cuando los copos de nieve revoloteaban tras el cristal y ella se levantó de madrugada para ir a por un vaso de agua. Nuestras habitaciones estaban la una enfrente de la otra, así que el contraste resultaba evidente: su colcha era rosa, la mía morada; ella aún conservaba peluches de la infancia y yo los había relegado todos al desván; ella tenía láminas de tonos pasteles enmarcadas en las paredes y las mías estaban llenas de postales fotográficas de Vivian Maier o papelitos con palabras sueltas que me obsesionaban.

—Lucy, no entiendo la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Está sobrevalorada.

Dejó el vaso en mi mesilla de noche y le hice un hueco en la cama. Tenía las manos frías. Apenas distinguía su silueta en la oscuridad, pero podía visualizar su cabello rubio desparrramado por la almohada, la piel pálida, las ojeras y el rostro hinchado por la medicación, en contraste con las piernas flacas como las de un flamenco.

—Quizá el problema sea que intentes «entender» la vida. No es un rompecabezas, Grace. Créeme, le he dado muchas vueltas. He pensado a menudo en ella como si fuese un juego, pero es un asco porque no hay manual de instrucciones ni táctica que valga y tan solo consiste en lanzar un dado y ver qué números salen.

No había nada que a Lucy le gustase más que los juegos de mesa. Tiene su explicación: el hospital era su segunda casa, así que para entretenerse pasaba el rato con una baraja de cartas o el último juego que le hubiesen regalado. En mi familia todos somos expertos contrincantes, pero ella nunca tuvo rival.

«Tengo muy buena memoria y demasiado tiempo para pensar», solía decir cuando le preguntaba cómo era posible que adivinase todos y cada uno de mis movimientos cuando

nos enfrentábamos delante de cualquier tablero. En lugar de responder, me limitaba a volver a repartir las fichas.

Separar a Lucy de su enfermedad era como coger varios pegotes de pintura al óleo, mezclarlos y luego intentar restaurar los colores. Las dos formaban una enredadera, con sus flores y sus espinas: en ocasiones la primavera ganaba la batalla y Lucy resplandecía durante una temporada, pero el invierno regresaba tarde o temprano.

«Debería haberse curado», decía papá.

Para ser precisos, técnicamente lo hizo. Se curó. Pero unos meses después le diagnosticaron EICH, la enfermedad de injerto contra huésped. O lo que es lo mismo: una complicación grave tras el trasplante alógeno que se resumía en la lucha incansable de mis células contra el sistema inmunitario de Lucy. Empezaron a darle corticoides e inmunodepresores para evitar que rechazase el trasplante, pero, como contrapunto, sus defensas se debilitaron tanto que siempre estaba expuesta ante cualquier infección oportunista, desde neumonías hasta múltiples infecciones de orina.

Cuando hablaban de ello, tan solo era capaz de pensar en un puñado de lombrices retorciéndose.

Lo fascinante de Lucy era que, a pesar de todo, no estaba enfadada con el mundo por lo que le ocurría. Cuanto más aceptaba ella su enfermedad, más me molestaba que lo hiciera. La gran pregunta siempre flotaba a mi alrededor: «¿Por qué?». Mi abuelo dice que, ya desde pequeña, se veía venir que aquello se convertiría en un problema, porque viví con intensidad esa etapa en la que los niños se lo cuestionan todo. «¿Por qué no pueden existir nuevos colores?», «¿por qué las vacas tienen manchas negras y no violetas?», «¿por qué todos los chicos de clase llevan el pelo corto?», «¿por qué los pepinillos se llaman pepinillos?», «¿por qué el agua del mar es salada?».

En la actualidad, sigue colgado en la pared de mi habitación el primer papelito que escribí, en el que puede leerse «¿POR QUÉ?». Todos los demás han ido cambiando con el paso de los años: hubo una época en la que me obsesioné con la palabra «pizpireta» y otra en la que no podía dejar de pensar en la belleza que encerraban «azahar», «escarabajo» o «buganvilla». Mi pared es una serpiente que va mudando de piel.

Sin embargo, la gran pregunta permanece. Da igual el tiempo que pase, sobrevive bajo la lluvia y no la perturban el frío ni las altas temperaturas. Es inamovible.

«¿Por qué Lucy tuvo que estar enferma?».

Cualquiera dirá: «Pues porque sí, porque la vida es así, porque el mundo es un lugar aleatorio y caótico, no hay reglas ni estadísticas que valgan. Así que deja de darle vueltas, arranca el dichoso papelito de la dichosa pared y acéptalo de una vez por todas».

Pero, como no soy cualquiera, sigo en mis trece.

¿Estaba escrito? ¿Hay un código secreto para cada uno de nosotros en el inmenso universo tan intrincado como el propio ADN? ¿Podríamos cambiar nuestro destino si lográsemos adivinar lo que va a ocurrir en el futuro? ¿Es posible que algún ser superior y divino decida que una niñita de dos años merece enfrentarse al cáncer, a una inundación, a morir de hambre o a cualquier otra desgracia por el estilo?

Mamá me contó en una ocasión cómo empezó todo: fue por culpa de unas petequias. La pequeña barriga de Lucy se llenó de puntitos rojizos y, después, llegaron los hematomas. «¿Te has caído?». «No», decía ella. «¿Un niño te ha pegado en el parque?». Y volvía a negar con la cabeza. Tras una visita rutinaria al pediatra terminó ingresada en el hospital y allí comenzaron a hacerle pruebas.

El diagnóstico fue rápido. También la quimioterapia. Y

mi llegada triunfal al mundo, con todas esas esperanzas puestas en unas cuantas células.

La felicidad duró poco.

Si echo la vista atrás, creo que crecí en el interior de un palacio abandonado que se derrumbó hasta convertirse en un montón de ruinas.

Mis padres se habían conocido en una fiesta de la empresa para la que trabajaban y en esa época imagino que el salón del palacio imaginario estaría en todo su esplendor, con lámparas de araña y paredes revestidas con papel pintado mientras ellos bailaban en el centro: él siempre fue un hombre muy atractivo (lo decían constantemente las vecinas y las amigas de mamá) y ella era inteligentísima. Juntos, formaban un equipo perfecto: cuando su unión se consolidó, celebraban barbacoas en el jardín y eran considerados «una pareja interesante». A mí se me ocurren pocos halagos más maravillosos que ese: ser interesante.

Ambos eran agentes inmobiliarios.

Papá encandilaba a los compradores con su simpatía, su sonrisa blanca y perfecta, sus gestos seguros y esa seducción estilo años cincuenta que emanaba sin esfuerzo.

Pero ella era mucho mejor. A mamá la apodaban «Rosie, el tiburón». Los clientes se convertían en presas cuando caían en sus manos. Lograba emparejar cada casa con sus potenciales compradores. Había vendido viviendas en ruinas, otras con fama de estar encantadas e incluso un par en las que se habían cometido asesinatos. Fue nombrada dos veces consecutivas como la mejor agente inmobiliaria del estado y en las galas navideñas que se celebraban en la ciudad siempre deslumbraba.

Con la llegada de Lucy al mundo, los Peterson se convirtieron en el matrimonio perfecto. Hasta que la palabra «cáncer» se hizo un hueco en sus vidas y aparecieron las primeras

fisuras. Cuando llegué al mundo, el daño aún era reparable. Pero, conforme la salud de mi hermana se fue deteriorando, la brecha se volvió más profunda y mamá pasó de ser una estrella en la empresa a conformarse con jugar al Monopoly en el hospital cuando Lucy tenía un buen día. Dejó el trabajo. Dejó de cantar por las mañanas mientras preparaba café. Dejó de quedar con sus amigas. Dejó de mirarse al espejo. Lo dejó todo.

Como había empezado diciendo, en el colegio nos pedían a veces que escribiésemos una redacción sobre nuestra familia hablando de un día especial o que hiciésemos un dibujo. La figura más destacable de mi obra de arte siempre era la de mi abuelo: lo representaba más grande que a mis padres porque así era el papel que tenía en mi vida. A Lucy la plasmaba a menudo con un sol en la cabeza y tumbada inerte sobre una cama. Y a su lado estaba yo: pequeñita, casi anecdótica, un borrón de tinta que podría pasar desapercibido.

Cuando tienes una hermana enferma aprendes a la fuerza a valerte por ti misma. No esperas que tus padres te lean cuentos antes de ir a dormir o que acudan a verte en la próxima competición de patinaje sobre hielo, porque probablemente estarán ocupados intentando que su otra hija no muera por culpa de una infección.

No recuerdo en qué momento se dieron cuenta de que fingir cierta normalidad familiar era una utopía ridícula. A veces había temporadas buenas, esas en las que incluso Lucy podía ir a clase y todos nos sentíamos como si estuviésemos congelados dentro de un cuadro perfecto de Edward Hopper que reflejase un momento absurdamente cotidiano, pero nunca duraba demasiado. Siempre llegaba la recaída y el hospital se convertía en el cuartel general de la batalla, con mi madre al pie del cañón y mi padre trabajando cada

vez más horas para lograr cubrir los gastos médicos y aislarse del dolor.

¿Y dónde encajaba yo en esa ecuación?

Pues en casa de mi abuelo, que vivía a unas cuantas manzanas de distancia. Si pienso en mi niñez, contemplo el tejado a dos aguas de color oscuro, los nidos que los pájaros construían en el árbol que se veía desde la ventana del salón y cuyas hojas se desplomaban de un día para otro cuando llegaba el otoño: lo sé porque me encantaba saltar sobre ellas y oír como crujían. Crac, crac, crac. Un poco más allá, Henry Tallon, como todos en el barrio conocen a mi abuelo, me observaba en silencio mientras bebía café sentado en los escalones del porche. Nunca ha sido un hombre hablador, tiene la firme creencia de que el «sí» y el «no» son suficientes para responder a casi cualquier cosa y no le gusta la idea de malgastar palabras. Posee esa practicidad que mi generación ha perdido del todo; es decir, solo sale a comprarse unos zapatos cuando se le rompen los que usa o, al llegar la temporada de calabaza, se rinde ante ella porque siente la obligación de no rechazar nunca lo que le ofrecen sus generosos vecinos, así que comemos crema de calabaza, pasteles y bizcochos de calabaza, cerveza de calabaza, carne rellena de calabaza, tortitas de calabaza con miel y hasta espaguetis de calabaza.

Pero, cuando pienso en él, también lo veo llevándome a la pista de hielo o acompañándome hasta la parada del autobús escolar. Y regalándome mi primera cámara de fotografía o enseñándome a montar en bicicleta. Fue algo así:

—¿Pongo los pies en los pedales?

—Sí.

Lo hice. Logré avanzar un metro antes de caerme al final de la calle. Mi abuelo me cogió del codo para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Lo he hecho bien?

—No.

—Probaré otra vez.

—Sí.

—¿Este es el freno?

—Sí.

—Vale.

Y con unos cuantos síes y noes más, aprendí a controlar el equilibrio. Desde entonces me muevo en bicicleta por Ink Lake, no me importa que sea invierno o verano. Se lo debo a él, como tantas otras cosas. No es que mis padres no desearan formar parte de ese momento, sino que siempre tenían cosas más trascendentales que hacer. Imagina que tienes que decidir entre pasar la tarde con tu hija moribunda a la que acaban de intubar por una nueva complicación o pedalear un rato con la otra. La balanza estuvo inclinada antes siquiera de que escribiesen mi nombre en la partida de nacimiento.

Así que me acostumbré a vivir entre las sombras, detrás del telón.

Si no haces ruido, si aprendes a caminar de puntillas, llega un momento en el que te vuelves invisible incluso cuando te miras al espejo. «¿Quién eres?», me preguntaba a veces contemplando el reflejo de mis veintidós años. La respuesta se repetía en mi cabeza cuando alguna noche regresaba a casa de madrugada y la encontraba vacía, o papá estaba allí, pero ni siquiera se molestaba en echarme la bronca. Nunca iba sola: me acompañaban dos copas de más y una soledad asfixiante.

Al dejarme caer en la cama, aquella certeza daba vueltas a mi alrededor. «Me llamo Grace Peterson y nací...». Cazaba las palabras que revoloteaban como libélulas. «Nací para...». Las escribía en papelitos, buscaba chinchetas, las clavaba en la pared para que no escapasen. «... salvar a mi hermana». Y al final el sueño me abrazaba conforme amanecía al otro

lado de la ventana. Dormía tranquila. Lo hacía porque mis vacíos se empequeñecían cuando recordaba que, pese a ellos, era la chica que logró cambiar una vida, desafiar al destino, ser la heroína de la historia.

En el mundo de las ilusiones estaba encima de un escenario lleno de focos, el público aplaudía entusiasmado y Lucy me miraba con una sonrisa pletórica mientras extendía el brazo para coger mi mano; pero, justo cuando sus dedos rozaban la punta de los míos, la fantasía se convertía en pesadilla y ella empezaba a desvanecerse como si estuviese hecha de humo: volutas púrpuras ondeaban hasta que desaparecía de golpe.

«Me llamo Grace Peterson y nací para salvar a mi hermana».

Entonces, ¿qué ocurre cuando la razón de tu existencia termina bajo tierra con una lápida de granito de color gris impala de más de cien kilos encima?

Ocurre que te encuentras a la deriva en mitad del océano. Ocurre que es como flotar y, al mismo tiempo, llevar una mochila llena de piedras. Ocurre que el mundo se distorsiona a tu alrededor como las ondas de calor en verano. Ocurre que el miedo le gana la batalla a la razón. Ocurre que todo se paraliza.

Así que ahora Lucy está muerta.

Y yo ya no sé quién soy.